

á llorar amargamente la desventura de su pobre, pobrecito amigo.

—¡No me ha querido escuchar! ¡No me ha escuchado!—murmuraba con pesadumbre.

En cuanto á atribuirse la muerte de su amigo, eso ¡ni pensarlo!

—Por supuesto—se dijo al fin á sí mismo —¡hubiera tenido que languidecer toda su vida en una horrible prisión! Por lo menos, ahora ya no sufrirá más. ¡Mejor es! ¡Sin duda, así lo quería su destino! Y, sin embargo, hablando humanamente, ¿cómo no condolerse de él?

Y el alma caritativa continuó inconsolable, llorando á lágrima viva por su desventurado amigo.

## RELIQUIAS VIVAS

---

«Pescador seco y cazador mojado, mal anda su año (1)», dice un proverbio francés. Como yo nunca he tenido afición á la pesca, no puedo juzgar de las impresiones que experimenten los pescadores en un hermoso día de sol, ni apreciar hasta qué punto podrá consolarse, en tiempo lluvioso, el que se siente calado hasta los huesos, con la perspectiva de una abundante

---

(1) Literalmente: «mala facha ó triste papel hacer».—(N. DEL T.)

cosecha. Pero, por lo que toca al cazador, es evidente: la lluvia es una verdadera calamidad.

Esa calamidad nos cupo en suerte á mí y á mi fiel amigo Ermolay un día que fuimos á caza de gallos silvestres al distrito de Belef. No paraba de caer agua desde que amaneció. ¡Lo que hicimos nosotros para librarnos de ella! Nos pusimos los impermeables encima de la cabeza, y nos metíamos debajo de los árboles para estar menos expuestos.... No había más sino que nuestros pretendidos impermeables, sobre estorbarnos mucho para tirar, se dejaban traspasar por el agua sin pizca de vergüenza; y en cuanto al abrigo de los árboles, al principio sí, nos guarecía, y estábamos casi en seco; pero después la reserva de agua acumulada en el follaje precipitábase de repente, y cada rama, transformada en canal, nos rociaba con una ducha helada, que, deslizándose por el

cuello, nos caía á chorros por la espina dorsal abajo.... ¡Aquello era el fin de los fines!, para usar la expresión favorita de Ermolay.

— ¡No, Pedro Petrovich!—exclamó, más que amoscado.— Esto no puede seguir; no hay manera de cazar hoy. Ya no tienen vientos los perros; no dan fuego las escopetas. ¡Es lo que se llama tener mala sombra!

—¿Qué hacer?—le pregunté.

—Vamos á Alexeievka. Es, V. no sabrá quizá, es una aldehuela que pertenece á su madre de V.: de aquí allí no hay más que ocho verstas. Pernoctaremos en ese sitio, y mañana...

—¿Volveremos aquí?

—No, aquí no. Conozco yo sitios detrás de Alexeievka mucho mejores que estos para la caza del gallo silvestre.

No pregunté á mi fiel compañero por qué no me había llevado desde un

principio á esos lugares, y aquel mismo día llegamos á la aldehuela, cuya existencia, si he de ser franco, no había sospechado hasta entonces, á pesar de pertenecer á mi madre. Ese lugarejo tenía por mansión señorial una casita sumamente vieja, pero deshabitada, y, por consiguiente, disponible, donde pasé una noche bastante aceptable.

Al día siguiente me desperté muy temprano. Acababa de salir el sol; no se veía una nube en el cielo, y todo resplandecía con el doble brillo de los rayos matinales y de la copiosa lluvia de la víspera. Mientras enganchaban mi carricoche, me fui á hacer tiempo á un antiguo huertecillo de fruta, inculto á la sazón, que rodeaba la casucha de vegetación fresca y perfumada. ¡Ah! ¡Qué gusto daba vagar así, al aire libre, bajo un cielo despejado, en donde se mecían las alondras, dejando caer como perlas argentinas las

notas de su aflautada y sonora voz! No parecía sino que se hubiesen llevado en las alas gotillas de rocío, y que también se hubiesen impregnado de rocío sus canciones. Me quité el sombrero y respiré voluptuosamente con toda la fuerza de mis pulmones. En la pendiente de un barranco poco profundo que había cerca del seto, se divisaba una colmena, adonde conducía una angosta vereda encajonada entre dos espesas paredes de ortigas y de helechos, con cuyas plantas mezclaban su sombrío follaje algunas de cañamo, venidas Dios sabe de dónde.

Siguiendo ese sendero, llegué á la colmena. Junto por junto se elevaba uno de esos pequeños cobertizos de ramaje, llamados *amchaniks*, en donde se meten las colmenas durante el invierno. Dirigiendo una ojeada por la puerta entreabierta, vi una pieza oscura y tranquila; se respiraba un aire seco y un olor á menta y melisa.

En un rincón había una plataforma, y tendida en ella una figurilla envuelta en un cobertor... Iba á retirarme, cuando oí:

—¡Señor! ¡Señor! ¡Pedro Petrovich!

Era una voz débil, desmayada y ronca, semejante al murmullo de los juncos en un pantano... Me detuve.

—¡Pedro Petrovich! ¡Acérquese V., haga el favor!—repitió esa voz débil, que salía del rincón en donde estaba la plataforma.

Al acercarme, me quedé petrificado de asombro. Delante de mí yacía un ser vivo, una criatura humana, pero ¡qué extraña criatura! La cara, completamente consumida, tenía el tinte uniforme del bronce, y recordaba las antiguas imágenes bizantinas; la nariz estaba tan afilada como la hoja de un cuchillo; los labios eran invisibles; no había nada que se destacase del fondo sombrío de la piel fuera del blanco de

los ojos y de los dientes. Mal sujetos por un pañuelo, caíanle sobre la frente algunos mechones de pelo amarillo. Por debajo de la barba, y entre un pliegue del cobertor, asomaban dos manecillas, totalmente apergamizadas y del mismo color del bronce, cuyos dedos á duras penas podían moverse.

Me fijé más: la cara no tenía nada de fea; más bien era agraciada, pero extraña, espantosa..., y tanto más espantosa cuanto que aquella máscara de metal hacía vanos esfuerzos por dibujar una sonrisa.

—V. no me reconoce, señor—murmuró de nuevo la voz apagada que exhalaban como un vapor aquellos labios inmóviles.—Pero ¿cómo había V. de reconocerme? Soy yo, Lukeria... ¿no se acuerda?... La que dirigía los cantos de las mozas en la aldea de Spassk en casa de su mamá de V.; ¿se acuerda? Yo era la que llevaba la voz.

—¡Luqueria!—exclamé.—¿Tú? ¿Es posible?

—Yo, sí, señor; Lukeria.

Estupefacto y sin saber qué decir, miraba aquella cara sombría y rígida como la de una muerta, que clavaba en mí sus grandes ojos clarísimos. ¿Era realmente posible? Aquella momia ¿podía ser Luqueria, la más guapa de nuestras *dvorovies* (1), una muchacha alta, robusta, blanca, sonrosada y risueña, que cantaba y bailaba tan bien? ¡Lukeria, la rozagante Lukeria, á quien hacían la corte todos nuestros mozos, y por quien yo mismo había suspirado en secreto cuando era un chiquillo de diez y seis años!

—¡Pobre Luqueria!—dije al fin.—Pero ¿qué es lo que te ha pasado?

—Me cogió la desgracia; pero no tenga V. reparo en acercarse á esta miseria. Siéntese en ese cubetito; más

(1) Criadas.—(N. DEL A.)

aquí, porque si no, no podrá oirme. Ya ve V. qué voz tan bonita ahora. ¡Estoy muy contenta de verlo! Pero ¿cómo ha venido V. á parar á Alexievka?

Lukeria hablaba despacio y con voz sumamente débil, aunque sin interrupción.

—Aquí me ha traído mi cazador Ermolay. Pero cuéntame...

—¿Quiere que le cuente mi desgracia? Como V. guste. Pues esto viene ya de hace mucho tiempo, seis ó siete años. Acababan de desposarme con Vassili Poliakov... ¿Se acuerda V...? Un chico guapo, buen mozo, que tenía rizado el pelo, que era despensero de su mamá de V. Pero entonces V. no estaba ya en el pueblo; se había ido á estudiar á Moscú. Vassili y yo nos queríamos mucho; no se me quitaba nunca de la imaginación. Estábamos en primavera, y una noche... no faltaba mucho para amanecer, yo no po-

día pegar los ojos; el ruiseñor cantaba en el jardín con tanta dulzura, que era una maravilla; no pude contenerme, me levanté y me fui á escuchar á la escalinata. ¡ Vaya una manera de trinar!... De pronto se me figura que me llama un voz como la de Vassia, y que dice así, muy quedito: ¡ Lucha! Vuelvo la cabeza, pero debía estar medio dormida aún; caí de la escalera, y ¡ paf! al suelo. Me pareció que no me había hecho mucho daño, porque me levanté muy lista y me volví á mi cuarto. Lo que sí se hubiera creído es que se me había roto algo dentro del pecho... Déjeme V. tomar aliento un momentito.

Lukeria se detuvo. Lo que me asombraba más que nada era la manera casi alegre que tenía de hacer su relato, sin quejarse lo más mínimo, sin exhalar suspiros ni ayes, sin tratar de excitar la compasión...

—Desde ese accidente — prosiguió

Lukeria — empecé á enflaquecer, á consumirme; me puse muy negra; me costaba trabajo andar, y á poco se me quedaron inútiles las piernas: no podía sostenerme ni de pie ni sentada; tenía que estar echada siempre. Ya no sentía el hambre ni la sed, é iba de mal en peor... Su mamá de V. tuvo la bondad de hacer que me viesen los médicos, y me mandó al hospital; pero no sentí ningún alivio. No hubo siquiera un médico que pudiese decirme el nombre de mi enfermedad. Dios sabe todo lo que me hicieron sufrir: me quemaron la espalda con un hierro ardiendo, me pusieron hielo machacado; pero no sirvió de nada. En fin, me quedé tiesa como un palo. Entonces los señores convinieron en que no se adelantaba nada en seguir cuidándome, y como, por otra parte, no era muy agradable un inválido en la casa, me enviaron aquí, donde tengo parientes. Y aquí vivo como V. ve.

Calló Lukeria, y de nuevo trató de sonreír.

—¡Pero esta situación es horrible! —exclamé. — Y no ocurriéndoseme cosa mejor, añadí:—¿Y Vassili Poliakov... (lo cual era una pregunta bastante necia).

Lukeria desvió un poco los ojos.

—¿Poliakov? Estuvo triste algún tiempo, y después se casó con otra, con una muchacha de Glinnoie... Glinnoie ¿sabe V.?, no lejos de su casa. Se llama Agrafena. El me quería mucho; pero, hágase V. cargo, era joven, y no se iba á quedar soltero. ¡Y vaya una compañera que hubiese sido yo para él! Se ha encontrado con una mujer buena y guapa; tienen niños. Es administrador de un vecino de aquí, y vive muy feliz, gracias á Dios.

—¿Y tú siempre aquí, siempre acostada?

—Claro, señor; siempre. Pronto hará siete años. Durante el verano

estoy echada aquí, en este cobertizo; cuando empieza á hacer frío, me llevan á la antesala de los baños, y me acuesto en ella.

—¿Quién te cuida? ¿Quién se ocupa de ti?

—¡Oh! También por aquí hay buenas almas que no me abandonan. Y luego, yo no doy mucho que hacer. Si es comida, se puede decir que apenas como nada; en cuanto á agua..., ahí está, en ese cántaro; la tengo siempre fresquita, agua riquísima de manantial. Todavía puedo mover uno de los brazos. Y además... hay aquí una muchacha, una huérfana que, viene á verme de cuando en cuando— ¡Dios se lo pague! —Hace poco que estaba aquí... ¿No la ha encontrado V.? ¡Una chica guapa, tan blanca! Me trae flores.. ¡Como á mí las flores me gustan tanto! Por acá no hay flores de jardín...; las había, pero ya no las hay; por supuesto que las de los campos no

son menos bonitas; y oler, huelen mejor aún que las de los jardines. El muquete, por ejemplo, ¿dónde hay mejor olor?

—Y di, pobre Lukeria; ¿no te aburres ni tienes miedo?

—¿Qué hacer? No le engañaré á V.: al principio estaba muy triste, pero luego me ido haciendo; he aprendido á tener paciencia; otros hay más desgraciados que yo.

—¡Cómo!

—Los hay que no tienen albergue...; otros son ciegos ó sordos, mientras que yo, á Dios gracias, veo perfectamente y lo oído todo, ¡todo! Si escarba un topo debajo de la tierra, lo oigo yo. ¡Y percibo todos los olores, hasta los más ligeros! Cuando florece en los campos el alforfón, ó los tilos en el jardín, nadie tiene que venir á decirme lo; lo notó yo antes, con sólo que venga de esa parte una ráfaga de viento. ¡No; no debemos ser ingratos

con Dios! Más desgraciadas que yo son muchas gentes. Aunque no fuese más que esto: una persona de buena salud puede caer en el pecado con la mayor facilidad, mientras que yo estoy libre de pecados. El otro día me dió la comunión el P. Alexis—el sacerdote—y me dijo: «Tú no necesitas confesarte; en el estado en que te encuentras, ¿qué pecado podrías cometer?» Y yo le respondí: «Pero, Padre, ¿y los pecados del pensamiento, los que cometemos en intención?»—«¡Oh!—me contestó riéndose.—Esos no son muy gordos.»—Pero yo no creo que he cometido muchos de esos tampoco—continuó Lukeria—porque me he acostumbado á no pensar en nada, y lo que vale más, á no acordarme de nada. Así se pasa el tiempo más de prisa.

Confieso que me quedé sorprendido.

—Pero estando siempre sola, Lukeria, ¿cómo es posible que no te crucen

ideas por las mientes? ¿Es que estás durmiendo á todas horas?

—¡Oh! ¡No, señor! No puedo estar durmiendo siempre. Aunque no sufro mucho, me duele aquí dentro, y también me duelen los huesos; así que no duermo como desearía. No..., pero me estoy echada, tendida, y no pienso en nada. Siento que vivo, respiro, y nada más. Miro, escucho. En la colmena zumban las abejas; á veces viene á posarse en el techo una paloma, y arrulla; ó entra una gallina con sus polluelos para picotear las migajas; otras veces entra volando un gorrión ó una mariposa, y todo eso me da mucha alegría. El año antepasado tenía también golondrinas que vinieron á hacer su nido en el rincón, y criaron pajaritos. ¡Eso sí que era interesante! Llegó de fuera una golondrina, se posa en el nido, da el cebo á sus pequeñuelos, y sale volando. Momentos después—yo me estaba mirándolas—tocaba el turno

á otra. A veces, en lugar de entrar, pasaba por delante de la puerta abierta, y los pajarines se desgañitaban á piar abriendo sus piquitos... Al otro año las esperé; pero me dijeron que un cazador de esta tierra las había tirado con su escopeta. ¿Que habrá sacado con eso? Una golondrina no pesa más que un abejorro. ¡Ah! ¡Qué malos son ustedes, señores cazadores!

—¡Es que yo no tiro nunca á las golondrinas!—le dije con viveza.

—Una vez—siguió Luqueria—pasó una cosa muy curiosa. Vino á esconderse aquí una liebre: ¡sí, lo que V. oye: una liebre! Supongo que la perseguirían los perros; pero ella se metió por la puerta como una saeta, y se sentó cerquita de mí; se estuvo un buen rato frunciendo el hocico y meneando los bigotes como un verdadero oficial. Y la indina me miraba. No hay que decir que ya comprendía que yo no era un enemigo. Al fin se le-

vantó, se fué hacia la puerta dando saltitos; se paró en el umbral para volver la cabeza á derecha é izquierda, y... ¡hasta otro día! ¡Cosa más chusca!

Lukeria me miró...

—¿No era para reirse?

Hice como que reía por darle gusto. Ella se mordió los labios secos para humedecerlos.

—No tengo que decirle que en invierno no lo paso tan bien—continuó.

—¡Se pone tan oscuro! Encender una vela sería costoso, y luego, ¿para qué?... Yo sé leer y escribir, y no son ganas de leer lo que me falta; pero ¿el qué? Aquí no hay libros, y, aunque los hubiese, ¿cómo me las arreglaría para sostener uno? El P. Alexis, por distraerme, me trajo un almanaque; pero vió que no me servía de nada, y se lo volvió á llevar. Lo único que nadie me quita, porque eso, aunque esté oscuro, como si no, es

escuchar; y oigo cantar á los grillos, y arañar á los ratones. Entonces es cuando es un gusto no pensar en nada.

Suspirando un poco, continuó:

—Además, rezo mis oraciones. Lo malo es que no sé muchas; pero, por otra parte, ¿á qué he de molestar á Dios? ¿Qué voy á pedirle? El sabe mejor que yo lo que necesito. Me ha enviado esta cruz...; eso significa que me quiere bien: así nos mandan comprender estas cosas. Recito el *Padre nuestro*, la *Salve*, el *Acatiste* (1), la oración de los afligidos; y después sigo tendida, sin pensar en nada, y el tiempo va pasando.

Se deslizaron dos minutos, durante los cuales permaneci inmóvil, sin romper el silencio, en la estrecha cubeta que me servía de asiento. Aquella criatura, en quien aún no se había

(1) Canto á la gloria de Nuestro Señor y de la Virgen.—(N. DEL A.)

extinguido la llama de la vida, y que veía yacente ante mí, me comunicaba su espantosa inmovilidad de estatua: también yo estaba petrificado.

—Escucha, Lukeria—dije al fin;—escucha la proposición que voy á hacer. ¿Quieres que dé los pasos necesarios para que te trasladen á un buen hospital? ¿Quién sabe? Quizá pueden curarte todavía. En todo caso, no estarías sola...

Lukeria movió las cejas imperceptiblemente...

—¡Oh, no, señor!—respondió con inquietud.—No me lleve V. á un hospital; déjeme donde estoy. Allí sufriría un poco, y es todo lo que habría adelantado. ¿Cómo han de poder curarme? Mire V.: un día llegó aquí un doctor que quería examinarme. Le supliqué en nombre de Cristo que no me atormentara. En vez de escucharme, se puso á molerme todo el cuerpo, diciéndome: «Hago esto para instruir-

me por la ciencia; á eso debo el ser un sabio, al servicio del gobierno. Y no te me vengas tú con resistencias, porque mis trabajos me han dado la cruz, y para gagnápiros como vosotros trabajo yo.» Me anduvo dando vueltas; me dijo el nombre de la enfermedad,—un nombre muy difícil,—después se marchó, y toda la semana siguiente tuve doloridos mis pobres huesos.—Dice V. que estoy sola, siempre sola; no, siempre no. Vienen á verme. Soy persona de paz, y no estorbo á nadie. Las aldeanas jóvenes se vienen á reir y á charlar aquí; las peregrinas entran de paso, y me cuentan historias sobre Jerusalén, sobre Kief, sobre las ciudades santas. Aparte de todo, yo no tengo miedo de estar sola; al contrario, me gusta más... Ande, señor, déjeme aquí; no me meta en un hospital. V. es muy bueno, y se lo agradezco; pero déjeme aquí, se lo pido por favor.

—Como quieras, Lukeria; como quieras. Yo había pensado por tu bien nada más...

—Si sé que era por mi bien. Pero, mi buen señor, ¿quién hay que pueda socorrer al prójimo? ¿Qué hacer para entrar en el alma de otra persona? Cada cual debe socorrerse á sí mismo... Mire V., no me creerá, á veces me encuentro tendida aquí enteramente sola, y es como si no existiese nadie más que yo sobre la tierra, ¡como si sólo yo estuviese viva! Entonces me parece que se extiende por encima de mí alguna cosa de lo alto, y me engolfo en meditaciones extraordinarias.

—¿Y en qué meditas entonces, Lukeria?

Guardó silencio un instante.

—¡Ah, señor! Eso no es cosa que se puede decir ni explicar; ni tampoco me acuerdo de ello al minuto. Es como una nube que viene y se des-

hace en lluvia, algo fresco y agradable; pero no sé lo que es. Lo único que hago es decirme: «Si hubiese habido gente conmigo, no me habría pasado esto, y no habría sentido nada, nada, excepto mi miseria.»

Lukeria volvió á respirar pensosamente; los pulmones no se prestaban á obedecerla con más docilidad que el resto del cuerpo. Continuó:

—Le conozco á V. en la cara que le doy mucha compasión; pero no me tenga V. demasiada lástima. Se engañaría V., se lo juro. Sin ir más lejos, para que vea, aun ahora... ¿V. se acuerda, no es verdad, de lo alegre que era yo en mi tiempo?... Pues bien; ¡ahora todavía canto canciones!

—¿Canciones, tú?

—Sí, canciones; canciones antiguas, rondallas, villancicos, cantos de iglesia, en fin, de todo. Sabía muchas, y no las he olvidado. Lo único que no

canto nunca son aires de baile; no conviene eso en mi situación.

—¿Y cómo cantas? ¿En tus adentros?

—En mis adentros, y también con la voz. No puedo cantar muy fuerte, como V. comprende; pero se me puede oír. Verá V. Le he dicho que hay una muchacha que viene á verme. Es huérfana, y eso hace que tenga despierta la inteligencia. Pues le he enseñado cuatro canciones que sabe ya de memoria... ¿Puede que no me crea V.? Aguarde, que voy á cantar una.

Lukeria tomó aliento.... La idea de que se preparaba á cantar aquella criatura apenas viva despertó en mí un espanto involuntario; pero, antes de que pudiese decir una palabra, oí vibrar en mis oídos una nota prolongada, casi imperceptible, pura y afiadísima... Siguió otra, y tras ella una tercera... Lukeria cantaba: «En

las praderas». Cantaba sin que hiciesen un solo movimiento las líneas petrificadas de su semblante; los ojos mismos permanecían fijos... ¡Pero qué expresión tan conmovedora en aquella vocecita que salía con esfuerzo, vacilante como un tenue hilillo de humo! ¡Y qué bien se comprendía que la cantante ponía toda su alma en el canto! Ya no era el terror lo que me oprimía el corazón, sino una compasión indecible.

—¡Ah, no puedo más!—dijo de repente.—No tengo fuerzas... Me las ha quitado el placer de ver á V....

Cerró los ojos.

Yo puse la mano en los dedos helados. Me miró, y volvió á bajar al punto sus negros párpados guarnecidos de pestañas doradas, como las de las estatuas antiguas. Al cabo de un instante brillaron en la semioscuridad: los mojava una lágrima.

Seguí inmóvil.

—¿Qué es lo que me da?—dijo de pronto Lukeria, con una energía inesperada; abrió completamente los ojos, y se esforzó en expulsar aquella lágrima entornando los párpados?—¿No es una vergüenza? ¿Á que viene esto? No me había sucedido hace mucho... desde el día en que Poliakof Vassia vino á verme en la última primavera. Mientras estuvo hablando conmigo, todo fué bien; pero, en cuanto se marchó, empecé á llorar aquí solita. ¡Vaya una ocurrencia llorar así! ¡Bien se conoce que las lágrimas no cuestan nada!... Señor—añadió—V. tendrá un pañuelo, ¿verdad? No sienta repugnancia; límpieme los ojos, haga el favor.

Me apresuré á satisfacer su deseo, y le dejé el pañuelo. Al pronto rehusó: ¿á qué tal regalo? El pañuelo valía poco; no tenía más que su limpieza y su blancura. Luego lo cogió entre sus débiles dedos, y no volvió á abrir la mano.

Mis ojos, acostumbrados á la oscuridad en que estábamos sumidos, podían discernir ahora todas las facciones de su cara, y hasta reparar en un ligero tinte encarnado que atravesaba la capa de bronce de las mejillas; descubría aún en aquel rostro—así me parecía, por lo menos—los vestigios de su antigua belleza.

—Señor—continuó Lukeria;—¿me preguntaba V. si duermo?... En realidad no duermo á menudo; pero siempre que duermo, sueño, y tengo unos sueños muy hermosos. Nunca me veo enferma soñando, sino siempre sanísima y joven.... La pena es cuando despierto: quiero estirarme á mi gusto, y me siento como cargada toda de cadenas. Una vez tuve un sueño muy extraordinario. ¿Quiere V. que se lo cuente? Pues escuche. Me parecía que estaba en el campo, y alrededor de mí había un sembrado de trigo con las espigas maduras, y ¡tan altas! y ama-

rillas como el oro. Llevaba en mi compañía un perro rojo, que era malo, malísimo; siempre quería morderme. Yo tenía en la mano una hoz, pero no una hoz como cualquiera, sino la luna, tal y como está cuando se parece á una hoz; y con esa luna había de cortar todas aquellas espigas de trigo hasta la última. Lo malo era que con el calor estaba sumamente cansada, y me cegaba la luna, y no podía con la pereza. Alrededor de mí brotaban acianos por todas partes, y ¡qué acianos! Volvían hacia mí las cabezas. Y me dije yo: voy á coger esos acianos—Vassia me ha prometido volver,—y haré ante todo una corona para mí; que, en cuanto al trigo, tiempo habrá de cortarlo de sobra. Empecé á coger los acianos, pero, por más que me afanaba, se me deshacían entre los dedos. No había medio de hacer una corona. Entre tanto, oía venir una persona hacia mí; estaba ya muy cerca, y me llamaba:

«¡Lucha! ¡Lucha! ¡Ay! ¡mal negocio! —pensé;— ¡no he tenido tiempo! No importa; á falta de acianos, me puse en la cabeza aquella hoz, aquella luna á manera de *kakochnik*, y hete aquí que en seguida empiezo á despedir rayos de luz, é ilumino el campo á la redonda. Miro: alguien venía andando por encima de las espigas; pero no era Vassia, era Jesucristo en persona. En qué conocí que era Jesucristo, no se lo podría decir á V., porque no es así como lo pintan las estampas; pero el caso es que era Él. No tenía barba; era alto y joven, é iba vestido todo de blanco con un cinturón de oro. Y me alargaba la mano.

—No tengas miedo—me decía;— no tengas miedo, mi hermosa desposada; ven conmigo á mi reino celestial; dirigirás los coros y cantarás las canciones del paraíso.

Corrí hacia El, y me cogí de su mano. El perro se venía encima de

mi, pero en aquel instante nos elevamos del suelo. Cristo iba volando delante; sus alas, largas como las de una gaviota, se extendían al través de todo el cielo; yo lo seguía, y el perro no tuvo más remedio que separarse de mí. No comprendí hasta entonces que ese perro era mi enfermedad, y que en el reino celeste no había cabida para ella...

Calló Lukeria durante algunos momentos.

—He tenido otro sueño — prosiguió en seguida — y bien podría ser una aparición..., no sé. Me pareció que estaba acostada, como ahora, y que veía venir á mis difuntos padres; se inclinaban delante de mí, pero no decían nada. Yo les pregunté: «Padres, ¿por qué me saludan Vds.?» «Porque, como has sido tan probada en este mundo — me dijeron — no sólo libras de pecados á tu alma, sino que también nos has quitado á nosotros un gran

peso, y eso nos sirve de mucho en el otro mundo. Ya has redimido todos tus pecados, y ahora redimes los nuestros.»

Después de hablar así, volvieron á saludarme, y desaparecieron: no vi ya delante de mí nada más que la pared.

Me encontré muy apurada para saber lo que me había pasado, y, al confesarme, se lo conté al sacerdote; pero él piensa que no era una aparición, porque lo regular es que las apariciones no las tengan más que las personas de iglesia.

Vea V. ahora otro sueño que he tenido — continuó Lukeria. — Me vi sentada, como si dijésemos, en un camino real, debajo de un sauce; llevaba un báculo en la mano, una mochila á la espalda, y la cabeza envuelta en un pañuelo, lo mismo enteramente que una peregrina. Viajaba para ir en peregrinación á un sitio que estaba muy lejos, sumamente lejos. Los peregrinos

pasaban por delante de mí; andaban despacio, como de mala gana, y todos iban en la misma dirección; tenían cara de tristeza, y se parecían los unos á los otros. En medio de ellos veía yo ir y venir á una mujer ágil y alta, cuya cabeza sobresalía por encima de la multitud; llevaba un traje especial que no era un traje ruso; tampoco era rusa la cara, una cara flaca y severa. todo el mundo se apartaba de su lado; de repente se volvió, y se vino flechada á mí. Se paró á mirarme; los ojos eran como los de un halcón: amarillos, grandes y muy relucientes. Yo le pregunté: «¿Quién eres?» Y me respondió: «¡Soy tu muerte!»

Había para asustarse; pero yo, al contrario, me puse tan contenta, é hice la señal de la cruz. Y esa mujer, la que era mi muerte, me dijo: «Siento mucho, pobre Lukeria, no poder llevarte conmigo. ¡Adiós!» ¡Ah! ¡Qué afligida me sentí en aquel momento!

«¡Llévame — le dije. — ¡Llévame, mi buena amiga, palomita mía!»

Mi muerte se volvió, y empezó á darme explicaciones... Comprendí que me señalaba mi hora, pero de una manera confusa que no se podía entender... «Después de la cuaresma de San Pedro», decía. A esto me desperté. Y ahí tiene V. mis sorprendentes sueños...

Lukeria levantó los ojos al techo, y se quedó pensativa un instante.

—¿Sabe V. lo que me atormenta? A veces se va toda una semana sin cerrar los ojos. El año último pasó por aquí una señora que iba de viaje. Vino á verme, y me dió un frasquito con un remedio para dormir, diciéndome que tomase dos gotas cada vez. Eso me hacía mucho bien, y dormía; pero ya ha mucho que quedó vacío el frasco. ¿No podría V. decirme qué remedio era ese, y qué hay que hacer para tenerlo?

Evidentemente, la viajera había dado á Lukeria opio. Prometí á la pobre enferma proporcionarle un frasco semejante; pero aquí, otra vez, no pude menos de expresarle mi admiración por su paciencia.

—¡Pero, señor, no diga V. eso—replicó.—¿Dónde ve V. mi paciencia? Si fuese Simeón Estilita, vamos; ese sí que tuvo la gran paciencia: ¡permaneció treinta años subido en una columna! Y otro santo hubo que se hizo enterrar hasta el cuello, y las hormigas le comían la cara... Y oiga V. además lo que me ha contado una persona que lee libros. Había cierto país, y en ese país hacían la guerra los agarenos, y atormentaban á todos los habitantes, y los mataban; y los habitantes, por más que hacían, no encontraban manera de librarse. Y apareció entre los habitantes una doncella santa, que cogió un espadón, se puso en el pecho una coraza que

pesaba ochenta libras, marchó contra los agarenos, y los rechazó á todos al otro lado del mar. Y, ya que los echó, les dijo: «Ahora quemadme, porque he prometido que moriría en el fuego por mi país.» Y los agarenos la cogieron, y la quemaron; y desde entonces esa nación quedó libre para siempre. ¡Eso es lo que se llama una acción meritoria! Pero ¡yo! ¿qué es lo que he hecho?

Me sorprendió no poco ver cómo y bajo qué forma había penetrado hasta allí la leyenda de Juana de Arco. Después de un rato de silencio, pregunté á Lukeria la edad que tenía.

—Veintiocho ó veintinueve años... De todos modos, los treinta no los tengo aún. Pero ¿á qué viene echar la cuenta de mis años? Lo que ha de hacer V. es oír esto...

Lukeria sufrió bruscamente un acceso de tos ronca, y exhaló un gemido.

—Hablas mucho—me apresuré á decirle—y podría hacerte daño.

—Sí, señor—murmuró con una voz que no era más que un soplo—se ha acabado nuestra conversación. Ahora, cuando V. se marche, me estaré calladita. Siquiera, he aliviado un poco el corazón.

Me despedí, reiterándole la promesa de mandarle el remedio, y rogándole que viese bien otra vez si necesitaba alguna cosa.

—No necesito nada, á Dios gracias; no tengo nada que desear—dijo, haciendo un violento esfuerzo, pero con una voz conmovida.—Que Dios conceda salud á todos. Y V., señor, ¿sabe lo que debería hacer? Las gentes de este lugar son pobres; bueno sería que dijese V. á su mamá que rebajase un poquitín el arrendamiento. No tienen bastante tierra, no tienen leña. Rogarían á Dios por Vds..... Por lo que hace á mí, no necesito nada; no tengo nada que desear.

Di palabra á Lukeria de cumplir su

deseo, y ya me dirigía hacia la puerta, cuando volvió á llamarme.

—¿Se acuerda V.—dijo, y pasó rápidamente por sus ojos y sus labios una expresión inolvidable—qué hermosa mata de pelo tenía? ¿Se acuerda V.? ¡Me bajaba hasta la rodilla! Titubeé mucho... ¡Un pelo tan hermoso! Pero ¿como asearlo?... Acabé por mandármelo cortar. Si... ¡ea, señor!, adiós; no puedo hablar más.

Aquel mismo día, antes de salir á caza, tuve una conversación acerca de Lukeria con el decano del lugar. Por él supe que en la aldea la llamaban: «Las reliquias vivas», que no daba que hacer á nadie, que ninguna persona le había oído nunca murmurar ni quejarse. «Jamás pide nada; al contrario, agradece mucho la cosa más insignificante; es una buena muchacha. Dios le hace sufrir; será sin duda por sus pecados; pero en eso no entramos nosotros, y en lo que toca á juz-

garla, ya nos guardaremos muy bien.  
¡No es cosa nuestra!»

Algunas semanas más tarde, supe que Lukeria había abandonado este mundo. Fué á buscarla la muerte «después de la cuaresma de San Pedro». Me contaron que el día de su muerte no cesó de oír las campanas, por más que Alexeievka está á cinco verstas de la iglesia, y aquel día no era domingo. Verdad es que Lukeria decía que el sonido de las campanas no venía de la iglesia; sino «de arriba». Probablemente no se atrevía á decir: «del cielo».

## ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
La guillotina.....	5
Un sueño.....	68
Los nuestros me han enviado.....	128
¡Basta!.....	151
Mi perro pegaso.....	185
Ivan Sukhikh.....	207
La codorniz.....	221
Poemas en prosa.....	237
Reliquias vivas.....	257